

Final del comunismo y urgencia cristiana

Por Jaime Guzmán, senador electo



La semana que termina quedará registrada en la historia como aquella en que la Unión Soviética renunció oficialmente a la utopía comunista.

Al abdicar el Partido Comunista soviético de su monopolio conductor de la sociedad, se ha abandonado -aunque no se confiese- la médula misma del pensamiento de Lenin.

A su vez, despojada de la eficiencia leninista, la doctrina de Marx, contradicha por la realidad en todas sus pretensiones "científicas", queda virtualmente reducida a un obsoleto mito antirreligioso. Sin embargo, aquí advierto justamente los mayores desafíos del momento actual.

Las sucesivas generaciones seducidas por el paraíso de la "sociedad sin clases" que "algún día" llegaría, luchaban por una utopía. Al revés de los verdaderos ideales, dicha utopía era contraria a la naturaleza humana. Pero aún falso en sus raíces e imposible en su promesa, el comunismo ha movilizó voluntades con la

mística pseudo-religiosa de las antirreligiones. Se ha nutrido del odio, pero también de la sed de absoluto que late en el ser humano.

Hoy asistimos al progresivo reconocimiento universal de la democracia pluralista y de la economía social de mercado, como las fórmulas más adecuadas en un mundo cada vez más interdependiente.

Ello alegra a quienes adherimos a esos sistemas, pero no debe encandilarnos.

Desde luego, los sistemas contienen sólo estructuras generales, cuya formulación, variada para cada pueblo, requiere respetarlo como órgano vivo, irrepetible y con peculiar tradición.

Por otro lado, siempre la libertad deberá luchar contra las mentalidades estatistas. Aunque murieran todos los totalitarismos, no desaparecería la amenaza de nuevas formas de socialismos colectivistas o estatizantes.

Pero más allá de lo anterior, emerge lo principal. Ningún sistema político o económico (como la democracia

política o la economía de mercado) puede satisfacer las inquietudes más profundas del hombre. Su dignidad trascendente clama por respuestas frente al dolor, a la muerte y al destino último de la existencia.

El materialismo práctico del consumismo que hoy corroe al Occidente, sume a millones de personas en el vacío, el aburrimiento y la evasión. El auge de la drogadicción juvenil lo ejemplifica dramáticamente.

Sólo los valores morales y espirituales son capaces de brindar auténtica felicidad al ser humano. Sólo ellos pueden también cimentar una sociedad con rectos ideales.

Como se lo dijo Juan Pablo II a la juventud chilena, debemos mirar a Cristo y descubrir en El al rostro mismo de Dios. No es una cuestión puramente religiosa. Ello compromete todo nuestro futuro personal y social. La hora actual de la humanidad lo hace especialmente patente.